

Benito Quinquela Martín: El origen de una vida de leyenda.

La vida de Benito Quinquela Martín es una leyenda. Fue abandonado el 21 de marzo de 1890 en la Casa de Niños Expósitos, Casa Cuna, y allí se fijó su fecha de nacimiento por aproximación: el 1 de marzo. Ese día festejó su cumpleaños hasta el final de su existencia. En ese orfanato vivió su primera infancia.

A los ocho años llegó a su vida el matrimonio Chinchella. Su padre adoptivo, Manuel, era genovés y criado en Olavarría. Su madre adoptiva, Justina Molina, entrerriana, de Gualeguaychú y de ascendencia indígena. Tenían una carbonería muy modesta.

Benito cursó dos años de escuela primaria y empezó a trabajar como colaborador en la carbonería. De adolescente ayudó a su padre en el puerto.

Enamorado de La Boca

El barrio de La Boca significó un especial deslumbramiento para Benito. Allí había italianos, japoneses, chinos, uruguayos, yugoslavos, griegos, turcos, negros.

Ese incesante trajín del trabajo del puerto, un paisaje que no se parecía a ningún otro de la ciudad de Buenos Aires, el paisaje del río, los entornos más agrestes de la Isla Maciel y de algunas partes de La Boca, la arquitectura boquense, el colorido de esa arquitectura, originó el eterno romance entre La Boca y Quinquela.



Cuadro: *Reflejos*.

Sus inicios en el arte

En ese barrio la cultura era parte de la vida cotidiana. Era natural la presencia de artesanos, tallistas y escultores. El ejercicio del arte era cosa de todos los días. Benito repartía su tiempo entre la carbonería y el trabajo en el puerto: garabateaba, ensayaba, algunos dibujos con el carbón de la carbonería.

El primer pincel que tomó en su vida fue a los 14 años, en 1904, cuando participó para ganarse unos pesos, en la campaña que llevó a Alfredo Palacios a ser el primer diputado socialista de América Latina.

Su vocación se afirmó con el ingreso a la academia Pezzini-Stiatessi, una de las tantas instituciones del barrio. Allí se enseñaban diversas disciplinas, entre ellas dibujo y pintura, y allí adoptó al único maestro que iba a tener en la vida: Alfredo Lázari. Con él empieza la orientación definitiva de la vocación de Quinquela.



Restos de la Fragata Argentina.

Su musa inspiradora fue un lugar. *"La Boca, su gente, el pulso cotidiano de las calles del barrio fueron esa musa inspiradora"*, describe el Director del Museo. *"Las pintura de Quinquela no son paisajes sino escenarios. El escenario del trabajo, del esfuerzo, de la*

transformación de la obra humana. El Riachuelo es el desencadenante de esa gran obra que deriva en ciudades pujantes, en sueños de progreso".



Puente de Barracas. Óleo sobre tela.

Ficciones de La Boca

Es muy difícil encontrar objetos o lugares directamente referenciados en su obra. Sus pinturas reflejan una percepción total del barrio. Quinquela mezcla en las telas cosas que había visto o le habían contado, cosas de su pasado, registros de lo que veía por la ventana, como así también cosas que no existieron nunca en el barrio pero que prefiguraban lo que él pensaba que iba a ser el futuro en la zona.

"La Boca que él crea en sus telas es una gran ficción, un gran invento, con una potencia tal, con una autenticidad tal que hace que todos estemos convencidos que La Boca era realmente así como él la pintaba. La va a transformar como él quería que fuese, con esas grandes intervenciones urbanas como la pintura de las grúas, de los guinches, de las calles, la gran creación del paisaje que es la calle Caminito. Él expresaba "La Boca es un invento mío". Su obra se divide en grandes series: Días luminosos, días grises, serie del fuego y cementerios de Barcos. En todas van a aparecer el paisaje boquense de alguna manera y cuando se aleja demasiado de la realidad pone en el horizonte un elemento "real" para volver a situarnos en el barrio: la cúpula de la iglesia San Juan Evangelista, algún detalle del Puente Transbordador, el viejo Puente Pueyrredón de Barracas.



Chimeneas



Día luminoso. Óleo sobre tela.



A pleno sol. Óleo sobre tela.

Una muerte colorida

Los restos de Benito Quinquela Martín fueron enterrados en un ataúd fabricado por él, años antes, porque decía *"que quien vivió rodeado de color no puede ser enterrado en una caja lisa"*. Sobre la madera que conformaba el ataúd estaba pintado una escena del puerto de La Boca.

Benito Quinquela Martín tuvo una vida muy dura de esfuerzo, de trabajo. Aun cuando se dedicó al arte, nunca dejó de sentirse un trabajador más y nunca le quitó el cuerpo al esfuerzo que el arte le demandó, durante toda su vida.

Falleció el 28 de enero de 1977 a los 87 años.